



«TODO LO QUE BUSCO EN UN LIBRO DE *FANTASY*»,
GEORGE R. R. MARTIN, AUTOR DE *JUEGO DE TRONOS*

CASSANDRA CLARE

EL GUARDIÁN DE ESPADAS



CROSS
BOOKS

CASSANDRA



CLARE



EL GUARDIÁN DE ESPADAS

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Sword Catcher*
© del texto: Cassandra Clare, 2023
Publicado de acuerdo con la autora c/o Baror International, INC., Armonk, Nueva York, Estados Unidos

© de la traducción: Patricia Nunes y Cristina Carro, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2024
ISBN: 978-84-08-28706-3
Depósito legal: B. 5.204-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo uno



—No veo por qué tengo que casarme ahora —se quejó Conor Darash Aurelian, príncipe heredero de Castelana, duque de Marakand (un título honorario que había heredado de su madre) y potentado de Sarema (una pequeña isla desierta cerca de Taprobana, que Castelana había reclamado hacía algunas décadas, cuando un navío mercante había plantado la bandera del león sobre los escasos metros de su orilla; por lo que la gente sabía, la bandera seguía allí, de forma que el reclamo de Castelana sobre la protuberancia rocosa seguía sin oposición).

Kel se limitó a sonreír. Conor parecía estar tremendamente agraviado, lo que no significaba que se sintiera así realmente. Kel conocía las expresiones de Conor mejor que las suyas propias. Quizá a Conor le molestara que lo presionaran para casarse, o que la reina le hubiera ordenado dar un discurso ese día en la plaza Valerian (que era la razón por la que Conor y él se encontraban, en ese momento, metidos en un carruaje de ventanas cegadas, asados de calor y derretidos sobre cojines de terciopelo, con Jolivet y Mayesh mirándolos desde el asiento de enfrente). O quizá no hubiera nada que lo molestase en exceso, y estuviera simplemente exagerando por el mero placer de hacerlo.

En cualquier caso, no era problema de Kel. No era él quien

intentaba convencer a Conor de aceptar un arreglo políticamente ventajoso. De hecho, él era contrario a la idea. Estaba muy a gusto con la situación actual, y que Conor se casara lo cambiaría todo.

—Pues no te cases —gruñó Jolivet. Tenía el mismo aspecto austero de siempre a pesar de ir pertrechado con el uniforme al completo: kilómetros de malla dorada, túnica y pantalones púrpuras, y un casco tan ceremonial que, tal como estaba en su regazo en ese momento, las plumas le llegaban hasta la barbilla. Mayesh Bensimon, a su lado, parecía un cuervo gris desplumado: llevaba la sencilla túnica de consejero y el pelo blanco y rizado le cubría el cuello de la prenda. Porque, como ashkar, en público solo se le permitía vestir de azul o de gris, lo que limitaba bastante cualquier posible esplendor estético—. Ese primo tuyo de Detmarch puede ser rey de Castelana y tú podrías dedicarte a dirigir el ejército. Y darle al general Archambault un descanso en la frontera.

Kel contuvo una risa. Era cierto que cuando una familia real castelaní tenía más de un heredero, el segundo solía recibir formación para acabar siendo el jefe del ejército. Si Conor hubiera tenido un hermano o una hermana, podría haber cambiado su posición con él o ella, aunque Kel no podía imaginarse a Conor haciendo tal cosa, ni en teoría. Odiaba los insectos y la suciedad, y en el ejército, por lo que Kel sabía, se convivía intensamente con ambos elementos. Además, era joven, con solo veintitrés años, y le sobraba tiempo para casarse y tener un heredero. Eran Mayesh y Jolivet los que estaban tan ansiosos como viejas gallinas alborotadas.

Conor alzó una ceja.

—Tonterías —dijo—. Soy demasiado guapo para arriesgarme a que me desfiguren en una batalla.

—Las cicatrices tienen su encanto —observó Kel—. Fíjate en Montfaucon. Siempre está rodeado de damas que lo adoran.

—Si me aseguraran que puedo ir a luchar y volver solo con un elegante corte en la mejilla... —dijo Conor—. Pero el resultado más probable, que te claven una lanza en toda la cara, es mucho menos atractivo. En cualquier caso, tampoco hay

ahora mismo una guerra a la que ir. —Conor siempre movía las manos expresivamente al hablar, algo que Kel se había pasado años aprendiendo a imitar. La poca luz que había en el carruaje destellaba sobre los anillos de Conor, mientras este gesticulaba. Iba vestido de gala, como correspondía a un príncipe que está a punto de dirigirse a su pueblo: su tercera mejor corona, una diadema dorada grabada con alas; pantalones de excelente lana, y un jubón repujado, con cortes en el cuero en forma de pequeños diamantes para mostrar la seda y el hilo metálico de la camisa que llevaba debajo. Daba un calor espantoso, algo que Kel sabía porque vestía igual.

—No hay ninguna guerra ahora mismo —admitió Mayesh— y consolidar alianzas con otros países mediante el matrimonio es una forma de asegurarse de que eso continúe así. —Abrió la libreta de cuero que tenía sobre el regazo. Dentro había docenas de retratos y dibujos hechos en varios tipos de papel, todos enviados desde cortes y posesiones esperanzadas de toda Dannemore y más allá—. La princesa Aimada d'Eon de Sarthe. Veinte años, habla seis idiomas, su madre fue una famosa beldad, es dócil...

—Dócil significa aburrida —replicó Conor. Se había sacado uno de los anillos y se lo pasaba de una mano a la otra, brillando en la penumbra del carruaje mientras volaba como una colorida luciérnaga—. ¿Y a mí qué me importa cómo fuera su madre?

—A lo mejor te están ofreciendo dos por el precio de una —sugirió Kel, y vio que Conor sonreía. Había varios aspectos de su ocupación de Guardián de Espadas que iban más allá de ponerse entre el príncipe heredero y un posible ataque. Normalmente, Conor estaba rodeado de gente muy seria diciéndole lo que debía hacer; Kell sentía que su labor era contrarrestar eso un poco.

A Mayesh no le pareció divertido su comentario.

—Creo —explicó— que lo que sugiere es que la hija, como su madre, la reina, también será un día una gran belleza.

—¿No lo es ahora? —Conor cogió el papel que Mayesh sujetaba—. ¡Pelirroja! —exclamó—, odio ese color de pelo. Además, es de Sarthe.

Jolivet bufó. Antes de que Castelana obtuviera su independencia, había sido la ciudad portuaria de Magna Callatis, un vasto imperio que en la actualidad había quedado dividido en tres reinos independientes: Sarthe, Valderan y Castelana. Valderan había sido su exuberante sur, y seguía teniendo la mayoría de las granjas de las que Castelana se abastecía de comida. Castelana había sido el embarcadero y puerto. Y Sarthe había sido la capital y en ella estaba la antigua ciudad imperial de Aquila. Todo el mundo sabía que Sarthe deseaba reconstruir de nuevo el antiguo Imperio. Ansiaba, con especial fervor, el puerto de Castelana, ya que Sarthe carecía de acceso al mar y se veía obligada a pagar un alto peaje a Valderan por el acceso a la costa.

—No le falta razón —admitió Jolivet—, ¿por qué vamos a darle a Sarthe un punto de anclaje aquí?

—Cierto. —Mayesh sacó otro papel—. Aquí tenemos a la princesa Elsabet Belmany, de Malgasi.

—Malgasi —repitió Jolivet, pensativo—. Una aliada útil. Sobre todo porque tu padre se crio en su Corte.

—Obtienen mucho dinero con el comercio de especias, pieles y sedas, y tienen reservas de tierra cultivable, lo que nos libraría de depender del comercio con Valderan para conseguir alimentos —observó Mayesh, aunque había una curiosa falta de entusiasmo en su voz.

—Tierra cultivable —repuso Conor—, nunca fueron dichas palabras más románticas. Cuantísimas baladas se han compuesto sobre bellas mujeres con amplias extensiones de tierra cultivable.

—Si es que es así como se le llama ahora —completó Kel, y Conor sonrió antes de cogerle el pergamino a Mayesh.

—No debes hablar de la tierra como si no fuera importante —protestó Jolivet—. Es cierto que somos una gran potencia en cuanto al comercio. Pero en cuanto a tierras, no tenemos más que unos pocos kilómetros cuadrados de ciudad y marismas.

—Pero menudos kilómetros cuadrados, ¿eh? —dijo Kel, conciliador, y Mayesh sonrió. Conor alzó el pergamino que acababa de coger para mostrarle a Kel el retrato de una joven de mirada intensa, piel pálida, pelo negro y la frente ceñida

por una diadema dorada coronada por un fénix de rubí. Elisabeth Belmany.

Kel frunció el ceño.

—Me suena haber oído su nombre hace poco...

Conor chasqueó los dedos.

—Sí. Algún tipo de escándalo. El pueblo de Malgasi siente un intenso desagrado por la Casa Belmany; parece una situación desagradable en la que involucrarse.

Jolivet emitió un bufido exasperado.

—También hay antimonárquicos en Castelana, Conor...

Kel rascó un trocito de la pintura negra de la ventanilla del carruaje mientras Conor y Mayesh discutían sobre si la Casa Aurelian era universalmente amada o no. A través del claro del cristal, Kel pudo ver que estaban en la Ruta Magna. El último tramo del Gran Camino del sudoeste que iba de Shenzhou a Castelana, la Ruta Magna, atravesaba las montañas por el Paso Estrecho, cruzaba la ciudad y llegaba hasta el puerto. Kel se preguntaba a menudo cómo sería el otro extremo del Gran Camino. Sabía que acababa en la capital de Shenzhou, pero ¿se convertía en la calle principal de esa ciudad, como pasaba en Castelana, o simplemente se diluía en callejuelas, como un río desperdigándose sobre una planicie aluvial?

Conor siempre le llamaba «raro» por preguntarse ese tipo de cosas. Pero Kel soñaba a menudo con los rincones más remotos del mundo. Desde su ventana en Marivent, podía ver el puerto y los grandes barcos que volvían de Sayan y Taprobana, de Kutani y Nyenschantz. Algún día, se decía a sí mismo. Algún día, estaría a bordo de uno de esos buques, navegando por el océano. Con suerte, en compañía de Conor, aunque hasta ese momento, la promesa que le había hecho este de que un día viajarían por el mundo entero no se había materializado. Kel sabía que no era culpa de Conor; la Casa Aurelian había mantenido a su príncipe más cerca de lo que era habitual.

—Ah, pues muy bien —soltó Mayesh. Rara vez mostraba enfado; Kel se volvió, con cierta sorpresa, al ver que el consejero había sacado un nuevo papel—. Si Malgasi no es una buena opción, aquí tenemos al príncipe Floris de Gelstaadt. Es

joven, guapo y un día controlará el mayor imperio bancario del mundo.

Conor, normalmente, prefería a las mujeres, pero esa no era en absoluto una regla fija. Si se casaba con otro hombre, se elegiría a una mujer de buena cuna para ser la Dama Madre, que concebiría al hijo de Conor, lo amamantaría y se lo entregaría a ambos reyes para que lo criasen. Así había sido con los abuelos de Conor, un príncipe de Castelana y un señor de Hanse, y no era infrecuente en Dannemore. Los matrimonios entre dos reinas eran más raros, pero tampoco inexistentes.

—¿Imperio bancario? —Conor extendió la mano—. Déjame ver.

Kel miró sobre el hombro del príncipe para ver el dibujo. El chico retratado, que se hallaba apoyado contra un aliso, era guapo, tenía el pelo de color lino y los ojos azules típicos de Gelstaadt, un pequeño país cuyas liberales leyes bancarias lo habían convertido en uno de los más ricos de Dannemore.

Conor levantó la vista hacia él.

—¿Qué opinas, Kel?

La atmósfera dentro del carruaje cambió sutilmente. Kel, que había pasado la última década aprendiendo a captar los matices de la interacción social, se dio cuenta. Él era el Guardián de Espadas, un sirviente del príncipe. No estaba en posición de dar una opinión, al menos según lo veían Jolivet y Mayesh. (Esta era, quizá, una de las pocas cosas en las que ambos hombres estaban de acuerdo.)

Kel no estaba seguro de que debiera importarle. Todos los que trabajaban en Palacio eran leales al Linaje Real, pero su propia lealtad, por encima de todo, era hacia Conor. Esa había sido la elección que había hecho hacía mucho tiempo, cuando era un niño pequeño y sucio enfundado en ropas prestadas, ante el príncipe de Castelana. El cual le había ofrecido una vida extraordinaria, y le había dado eso y más: una amistad extraordinaria.

—Creo —contestó Kel— que o bien han dibujado el árbol muy pequeño, o Floris de Gelstaadt es un gigante.

—Bien visto —replicó Conor—. No sé si quiero casarme con alguien que se cierne sobre mí. ¿Cómo es de alto, Mayesh?

El consejero suspiró.

—Dos metros... diez.

Conor se estremeció.

—Mayesh, ¿estás intentando atormentarme? ¿Una princesa poco querida, un gigante y una pelirroja? ¿Estás de broma? Me estás quitando años de vida. Se podría considerar traición.

Mayesh alzó una nueva hoja de pergamino.

—Princesa Anjelica de Kutani.

Conor se irguió en su asiento, finalmente interesado. Kel lo entendió. La pintura era de una chica de piel oscura con una nube de pelo negro y luminosos ojos color ámbar. Un gorro de malla dorada adornada con diamantes en forma de estrella constituía su corona y llevaba más oro en las muñecas. Era luminosamente bella.

—¿Kutani? —preguntó Jolivet, con voz dudosa—. ¿Podría Castelana permitirse pagar una dote tan alta como la que seguramente pedirán?

Kutani era un reino insular, un centro del comercio de especias: cardamomo, pimienta, azafrán, jengibre y clavo; todas crecían o se compraban allí, lo cual lo convertía en un reino espectacularmente rico. Según Joss Falconet, cuya casa poseía el fuero de las especias, el aire de la isla estaba perfumado de cardamomo, y los vientos alisios acariciaban las playas de arenas suaves como el polvo.

—Cierto —repuso Mayesh, apartando el retrato—. Probablemente no.

Los ojos de Conor brillaron.

—Somos lo suficientemente ricos —dijo—. Dame eso.

Habían salido de la Ruta Magna a un estrecho callejón detrás de la plaza central de la ciudad, que estaba formada por cuatro de los edificios más antiguos de esta. Todos estaban revestidos de mármol blanco moteado de un cuarzo que relucía al sol; todos mostraban amplias escalinatas, columnas y pórticos arcados al estilo del desaparecido Imperio callatiano.

La plaza Valerian había sido, antiguamente, la Cuadra Magna, el eje central de la ciudad portuaria imperial. En cada punto cardinal se hallaba una estructura enorme que databa de la época del Imperio. Al norte, el Cadalso, con su escalinata

vigilada por leones de mármol; sus fauces bien abiertas como para atrapar en ellas a los criminales. Al oeste se encontraba el Convocat; al sur, la Justicia. Al este, la Porta Áurea, el arco del triunfo erigido por Valerian, el primer rey de Castelana; los ciudadanos la llamaban, con cariño, la Puerta a Ninguna Parte. Castelana tenía una relación un poco confusa con su pasado. Ese día se celebraba el aniversario de la independencia de Castelana de Magna Callatis. Los castelaníes sentían un fiero orgullo por su ciudad-Estado y pensaban que era el mejor lugar de toda Dannemore. Pero, a la vez, se enorgullecían de ser descendientes de los callatianos y de lo que conservaban de los tiempos del Imperio: desde el hipocausto que calentaba las termas públicas hasta las cortes y el Consejo de los Doce. Independientes, pero también atados a las glorias de un dominio pasado hacía mucho tiempo; a veces, a Kel le parecía que él era el único que se daba cuenta de esa contradicción.

Se detuvieron detrás del Convocat, donde una entrada secreta les permitiría acceder al edificio sin ser vistos. Habían cortado el callejón para dejar paso solo al carruaje real. Cuando Kel bajó, vio a un grupo de niños pequeños espiar desde las sombras, boquiabiertos. Iban harapientos, descalzos y sucios, con la piel llena de pecas por el sol. Pensó en dos niños pequeños bajo un eucalipto, jugando a batallas de piratas, y les lanzó una moneda.

—¡Saludad de mi parte al Rey Trapero! —les dijo.

El más pequeño de todos sofocó un grito asustado.

—¡Dicen que hoy está aquí! —exclamó—, entre la multitud.

—Como si supieras qué aspecto tiene —se burló una niña con un mandil hecho jirones—. No lo has visto nunca.

El niño pequeño emitió un bufido enfadado.

—Sí que lo sé —protestó—. Va todo de negro, como el Caballero Muerte que viene a llevarse tu alma, y las ruedas de su carruaje están manchadas de sangre.

La niña puso los ojos en blanco y le dio un buen tirón de orejas al pequeño. Este chilló, y el grupo se desvaneció en las sombras, riéndose.

Kel sonrió. De niño, había pensado en el Rey Trapero como

el dios embaucador de los ladronzuelos. Más tarde, empezó a entender que no era una figura mitológica, sino práctica, por misteriosa que fuera. Dirigía operaciones de contrabando de gran calado, poseía casas de juego en la Madriguera y manejaba los hilos del comercio desde el puerto hasta el Gran Camino. El Palacio no podía hacer nada por librar a la ciudad de su presencia. Era demasiado poderoso y, además, según Mayesh, era mejor no crear un vacío de poder en el mando de la organización. Un orden fuera de las leyes era, después de todo, mejor que un caos dentro de ellas.

Jolivet chasqueó los dedos.

—Vamos, Kellian —dijo y los cuatro cruzaron la calle desierta y entraron al Convocat. Dentro, estaba oscuro y frío, el mármol aislaba el interior del calor. Kel se encontró caminando al lado de Mayesh mientras Jolivet iba junto a Conor, hablándole muy concentrado.

—Muy inteligente por tu parte lo del carruaje —admitió Kel—: mostrarle tres candidatos que no iba a querer y luego uno que sí, pero que no puede tener.

—Bueno —dijo Mayesh—, es tu tarea y la mía conocer al príncipe mejor que él mismo.

—Solo que tú tienes otras tareas y yo solo tengo esa. Tú también tienes que conocer bien al rey y a la reina.

Mayesh hizo un gesto que indicaba asentimiento, pero que no lo comprometía.

—Me limito a ofrecerles consejo. Siempre ha sido así.

Eso era claramente falso, pero a Kel no le apetecía discutir. Era mejor no ahondar mucho en ninguna discusión respecto al rey o la reina, y especialmente respecto al rey. Conor iba a dar el discurso anual de la Independencia porque la reina no quería hacerlo, ya que odiaba hablar en público, y el rey no podía.

Markus Aurelian, el gran erudito, el rey filósofo. Su sabiduría era motivo de orgullo en Castelana. Se decía que, si no aparecía mucho en público, era porque estaba ocupado con sus estudios, con sus grandes descubrimientos en los campos de la astronomía y la filosofía. Kel sabía que eso no era cierto, pero ese era solo uno de los muchos secretos que guardaba de la Casa Aurelian.

Habían llegado a la cámara central del Convocat, donde unos amplios pilares de mármol sostenían un techo abovedado. El suelo de mosaico, que mostraba un mapa de Dannemore antes de la ruptura del Imperio, había sido colorido en su día. En la actualidad tenía un tono deslucido debido al paso del tiempo y los innumerables visitantes.

En el pasado, hubo asientos y el rey se reunía allí con las familias de los fueros para discutir las leyes, el comercio y las políticas. Kel recordaba vagamente ese tiempo, antes de que el rey se retirara a la Torre Norte con sus telescopios y astrolabios, sus mapas de estrellas, sus sextantes y esferas. Antes de que el rey volviera su atención a los cielos y olvidase el mundo que estaba debajo.

Pero no tenía sentido pensar en eso en aquel momento. Varios miembros del Escuadrón de la Flecha se acercaban. Brillaban en rojo y dorado, como Jolivet, aunque lucían bastantes menos borlas y flecos. El jefe, un hombre de pelo gris llamado Benaset, habló con gravedad.

—Legado. Señor. Ha habido un incidente.

Benaset se explicó: habían encontrado, entre la multitud, un trabajador del muelle con un arco a la espalda. Probablemente no sería nada, claro; era fácil que no supiera que había una ley que prohibía llevar armas a un acto en el que hubiera un miembro del Linaje Real. El Cadalso descubriría la verdad, por supuesto. Mientras...

—Necesitaremos al Guardián de Espadas —dijo Benaset—. ¿Está preparado?

Kel asintió. Notaba la tensión en la espalda, agarrotándole los músculos. Tener que sustituir a Conor no era raro. Podría ocurrir en cualquier momento, pues los guardias eran más que cautos. Ni siquiera era el peligro lo que lo preocupaba, pensó mientras sacaba el talismán del bolsillo y se lo ponía al cuello. (Lo sintió frío en la garganta; por razones que no entendía, el metal nunca se calentaba al contacto con su piel.) Pero ese día se había relajado. Estaban casi en la plaza; podía oír a la multitud. Se había permitido creer que no lo necesitarían.

Se había equivocado. Tan rápido como pudo, empezó a

repasar mentalmente el discurso: «Os saludo, mi pueblo de Castelana, en nombre de los dioses. Tal día como hoy...».

Kel frunció el ceño. Hoy... algo. «Tal día como hoy nació Castelana.» No. No era así.

—No creo que sea necesario —dijo Conor, interrumpiendo el repaso de Kel—. Un idiota borracho que va por ahí con un arma no significa un intento de asesinato...

—Es necesario, monseigneur. —Kel conocía aquel tono de voz de Jolivet y sabía lo que significaba. El legado tenía el poder de reprimir físicamente al príncipe, poder que el propio rey le había conferido, si llegaba a ser necesario—. Para eso tenéis un Guardián de Espadas.

Conor alzó las manos, disgustado, mientras Kel se le acercaba. Intercambiaron una mirada y Kel se encogió de hombros, como diciendo: «Da igual». Con un suspiro, Conor se quitó la corona y se la tendió a Kel.

—Intenta parecer guapo —le aconsejó—, no los decepciones.

—Haré lo que pueda. —Kel se puso la corona. Sus anillos eran joyas falsas, pero la corona, eso sí era real. Perteneecía a la Casa Aurelian. Parecía conllevar una carga que iba más allá del peso físico del metal. Levantó la vista, parpadeando: el Escuadrón de la Flecha había abierto las puertas, haciendo que el interior del Convocat se inundara con la brillante luz del sol.

Kel oyó el rugido de la multitud, como la acometida del mar.

Conor tendió la mano. Kel se la cogió y Conor lo atrajo hacia sí. Esa parte era un ritual, para reforzar la memoria. Kel lo había hecho incontables veces, aunque seguía sintiendo un pequeño estremecimiento en la espalda al mirar a Conor. Del mismo modo que sentía el peso de la corona dorada en la frente.

—Soy el escudo del príncipe —recitó—. Soy su armadura irrompible. Sangro para que él no sangre. Sufro para que él nunca sufra. Muero para que él pueda vivir por siempre.

—Pero no vas a morir —le dijo Conor, soltándole la mano. Siempre le decía eso: no era parte del ritual, pero sí una costumbre.

—A menos que lady Alleyne me ponga la mano encima —replicó Kel; lady Alleyne tenía muchas ambiciones, casi todas centradas en su única hija—. Sigue intentando pescarte para que te cases con Antonetta.

Jolivet frunció el ceño.

—Ya basta —dijo—. Mayesh, te quedarás con el príncipe.

No era tanto una orden como una pregunta; Mayesh indicó que lo haría, y Kel se unió a Jolivet en el largo paseo hacia las puertas. El ruido del gentío creció más y más hasta que Kel cruzó el umbral de la logia, cuyos arcos de mármol blanco brillaban intensamente. Oyó a la multitud contener el aliento mientras él se situaba en lo alto de la blanca cascada de escalones que conducían a la plaza, como si todos lo hubieran visto a la vez y todos dejaran de respirar a la vez.

Kel se quedó en lo alto de la Escalera de la Aflicción y recorrió la plaza con la mirada, mientras la multitud coreaba el nombre de Conor. Había gente de todo tipo: trabajadores del puerto cubiertos de burda batista y con sus niños a hombros para que vieran mejor; comerciantes y taberneros. También ricos mercaderes, vestidos de colores brillantes, que habían conducido sus relucientes carruajes hasta la plaza y se reunían en grupos. En los escalones del Templo Mayor, se hallaba el Hierofante, el supremo sacerdote de Castelana, que portaba un báculo rematado con un orbe blanquecino de cristal de la Fractura. Kel lo miró de reojo, era raro verlo fuera del templo, salvo en las grandes ocasiones, como los funerales de Estado o el Matrimonio con el Mar, cuando el rey o la reina de Castelana se embarcaban en un bote adornado con flores y tiraban un anillo de oro al océano, para sellar la unión entre Aigon y la Casa Aurelian.

Las familias de los fueros se situaban más cerca de la escalinata, sobre una tarima colocada ante los leones del Cadalso, cada familia bajo un estandarte con la insignia de su casa: un barco para la Casa Roverge, una guirnalda para la Esteve, una mariposa de seda para la Alleyne.

Kel echó una última mirada a la multitud y vio un brillante carruaje negro con ruedas de color escarlata. Apoyado en él había alguien delgado y de largas piernas, vestido completa-

mente de negro. «Va todo de negro, como el Caballero Muerte que viene a llevarse tu alma, y las ruedas de su carruaje están manchadas de sangre.» ¿Podría ser el Rey Trapero, que había ido a ver hablar al príncipe? Kel supuso que podría hacerlo si era lo que quería. De niño, le había preguntado a Conor por qué Palacio no arrestaba al Rey Trapero.

—Porque tiene demasiado dinero —le había contestado Conor, pensativo.

«Ya basta. —Kel sabía que estaba dejando que los nervios le desataran la imaginación—. Concéntrate —se dijo—. Eres el príncipe de Castelana.»

Cerró los ojos. En esa oscuridad, vio el mar azul y un barco con velas blancas. Oyó el sonido de las olas y los chillidos de las gaviotas. En ese lugar, donde las estrellas del oeste se hundían al girar el mundo, él estaba solo en medio del silencio, con el horizonte llamándolo. El barco se bamboleaba bajo sus pies, con el mástil a su espalda. Nadie más que él conocía ese lugar. Ni siquiera Conor.

Abrió los ojos. Alzó las manos hacia el gentío, mientras el grueso terciopelo de sus mangas se deslizaba hacia atrás y los anillos le brillaban en los dedos. La corona era pesada, una barra de hierro sobre la frente.

—Os saludo, mi pueblo de Castelana, en nombre de los dioses —dijo con la voz amplificada por el talismán que llevaba en el cuello. Resonó por toda la plaza.

«Mi pueblo.» Muchos entre la multitud llevaban la bandera roja y dorada de Castelana: el barco y el león. El mar y los Caminos Dorados. Había una alfombra en la biblioteca de Palacio que tenía la forma de la tierra de Dannemore. A veces, Conor andaba descalzo sobre ella: en un momento estaba en Hind, al siguiente en los Caminos Dorados, luego volvía a Castelana. Así era el mundo para un príncipe.

—Hoy —prosiguió Kel, y las palabras le afloraron, sin hacer ningún esfuerzo para recordar— es el día de nuestra libertad, el nacimiento de nuestra ciudad-Estado. Aquí, en estas calles, fue donde las gentes de Castelana arriesgaron sus vidas para no tener que arrodillarse nunca más ante el emperador, ni doblegarse ante ningún poder extranjero. Aquí es donde nos convertimos

en lo que somos: un faro brillante para el mundo, la ciudad más grandiosa de toda Dannemore, de todo el mundo...

La multitud rugió de entusiasmo. El estruendo era como un trueno, como una tormenta acercándose más y más hasta quebrar el cielo. En ese momento, no importaba que Kel no fuera realmente su príncipe. La ovación lo elevó y sintió que andaba por los caminos del cielo como Elemi alcanzado por un rayo.

La emoción de la multitud pareció metérsele en los huesos, como si tuviera la médula llena de pólvora. La sentía como un fuego que se encendía y se convertía en una llamara-da que le hacía arder la sangre. Era sobrecogedor sentirse tan amado, a pesar de que aquel amor no fuese para él. A pesar de que fuera una ilusión.

—Muy bien —dijo Conor, cuando Kel hubo vuelto al interior del Convocat. La gente, llevada al paroxismo (en parte por la aparición del príncipe heredero, pero también, había que admitirlo, por el alcohol gratis que el Palacio había ofrecido), seguía bramando allí fuera. Se servían jarras de cerveza en puestos adornados con banderines rojos y dorados, mientras las familias nobles recogían y se apresuraban a regresar a la Colina. En breve, la multitud patriótica se volvería una turba estridente y festiva—. Me ha gustado la parte sobre que el corazón y el alma de Castelana lo constituían... ¿cómo era? Ah, sí. Los ciudadanos. ¿Improvisado?

—Pensaba que lo habíamos ensayado. —Kel se apoyó en una columna y sintió el mármol frío en la espalda y el cuello. De repente, tenía calor por todo el cuerpo, aunque no había notado el sol mientras hablaba en lo alto de la Escalera de la Aflicción—. A la gente le gustan los piropos.

—¿Estás bien? —Conor, que estaba sentado con la espalda apoyada en una columna, se puso en pie. Jolivet y Mayesh se hallaban enfrascados en una conversación; el Escuadrón de la Flecha caminaba arriba y abajo por la habitación, silenciosos como estaban siempre los guardias. Conor solía olvidarse de que los tenía delante—. Pareces...

Kel levantó la cabeza. Conor y él eran de la misma altura; Kel estaba convencido de que Mayesh se había asegurado de algún modo de que así fuera, igual que se había asegurado de que los ojos de Kel, con los años, se volvieran del color de la plata deslustrada.

—¿Qué?

—Nada. Quizá un poco insolado. Te sentará bien ponerte a la sombra. —Conor le puso la mano en el hombro—. Hoy es un día de celebración. Así que celebremos. Ve a cambiarte al carruaje e iremos al Caravel.

—Ya —suspiró Kel. Como solía pasarle después de fingir ser Conor en público, se sentía completamente exhausto, como si le hubieran estado estirando los huesos. Lo único que deseaba era volver al Palacio y tirarse en la cama—. La fiesta de Joss Falconet.

—¿A qué viene esa reticencia? —Conor esbozó una media sonrisa pícaro—. Hace ya demasiado que no visitamos el distrito del Templo.

El distrito del Templo era un barrio de casas de lenocinio; se había ganado el nombre porque la mayoría de los burdeles tenían un altar a Turan, el dios del deseo. Kel estuvo a punto de pedirle que fueran otro día, pero resultaba evidente que Conor deseaba ir a la fiesta y, además, el propio Kel tenía cosas que hacer en el Caravel, que no tenían nada que ver con las que cabía esperar, y esa noche sería un momento tan bueno como cualquier otro para ocuparse de ellas.

—A nada —contestó Kel—. Es solo que las fiestas de Falconet pueden ser... excesivas.

Conor le pellizcó ligeramente la barbilla.

—Excesivamente divertidas. Ya le he pedido a Benaset que traiga los caballos. Puedes montar a Asti.

A pesar de su tono ligero, Conor sonaba un poco inquieto. Sabía que Kel no quería ir; lo de ofrecerle su caballo favorito era un chantaje. Por un momento, Kel se preguntó qué pasaría si se negaba y decía que quería volver al Palacio con Bensimon y Jolivet. Pasar la noche en una habitación oscura con vino azul frío y un mapa de los mares occidentales.

La respuesta era que no pasaría gran cosa. Pero Conor se

sentiría decepcionado y seguiría necesitando a alguien que lo acompañara al Caravel. Conor no podía salir solo por el mundo, sin protección; siempre tenía que haber alguien para defenderlo. Si Kel volvía al Palacio, a Conor le asignarían un guardia del Escuadrón de la Flecha para vigilarlo y eso lo haría sentirse infeliz. Y si Conor era infeliz, Kel sería infeliz. No porque Conor se lo hiciera pagar, que no lo haría. Pero saber que había decepcionado a Conor le remordería la conciencia.

Kel se quitó la corona y luego se la tendió a Conor.

—Muy bien —dijo—, pero no te olvides de tu corona, monseigneur, no sea que te traten irrespetuosamente en el Caravel. A menos —añadió— que esta noche vayas a pagar para que lo hagan, ¿no?

Conor se rio y la inquietud desapareció de su rostro.

—Excelente. Creo que tendremos una noche memorable. —Se volvió hacia Bensimon y Jolivet, y los saludó con la corona; ambos miraron a los dos jóvenes con expresión de clara desaprobación—. Os deseamos buenas noches, caballeros —dijo—. En caso de que deseéis encontrarnos, estaremos en el distrito del Templo, ofreciendo las correspondientes plegarias.



Siempre ha habido magia. Es una fuerza de la naturaleza, como el fuego, el agua y el aire. La humanidad no nació sabiendo usarla, igual que no nació sabiendo cómo hacer fuego. Se dice que los secretos de la magia se susurran en lo más alto del aire, donde los que tienen la capacidad aprenden los ensalmos que, en las manos adecuadas, se convierten en hechizos. No sabemos quién codificó los primeros hechizos o los puso por escrito. Ese conocimiento se ha perdido. Pero sí que sabemos que toda salmodia o conjuro ha incluido siempre la Palabra Única, el nombre inefable del Poder, sin el cual un hechizo es solo un discurso vacío. Sin la Palabra, no hay magia.

Relatos de los Hechiceros-Reyes,
LAOCANTUS AURUS IOVIT III

